

## El Partido Comunista de Uruguay, Cuba y la OLAS (1967)

João Guilherme Paranhos Miceli<sup>1</sup>

**Recibido:** 30/04/2022

**Evaluado:** 25/06/2022

### Resumen

Investigamos las relaciones entre el Partido Comunista del Uruguay (PCU) y Cuba en 1967, cuando ocurrió la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS). Aportamos una perspectiva transnacional que rescató la agencia de los sujetos de la Guerra Fría latinoamericana. Las concepciones sobre la revolución latinoamericana alcanzaron el auge de la polarización entre las líneas soviética y cubana. Si bien Cuba fuera dependiente económicamente de la URSS, no prescindía de su independencia político-ideológica y de la defensa de la guerrilla en la región.

Aunque pro soviético, el PCU tenía buenas relaciones también con Cuba y sus aliados. A lo largo de la OLAS, el partido actuó como mediador para defender la unidad del movimiento comunista internacional. El resultado del encuentro expuso la victoria de las posiciones cubanas en la región y creó una situación inédita, cuando parecía que se viviría una ofensiva revolucionaria de izquierda. Dos meses después, la muerte de Che Guevara y el fracaso de la guerrilla boliviana fueron duros golpes sobre Cuba, que ablandaría su política exterior.

Recurrimos a materiales del PCU, como la revista *Estudios* y las resoluciones del Congreso de 1966, y al semanario *Marcha*, fuertemente internacionalista, vocero de la nueva izquierda y defensor de las tesis cubanas. Utilizamos el análisis crítico del discurso como método de interpretación de las fuentes relevadas y confirmamos la centralidad del período investigado y la pluralidad de posiciones dentro del amplio campo de la izquierda.

**Palabras clave:** OLAS; Cuba; Partido Comunista del Uruguay; Guerra Fría latinoamericana; revolución latinoamericana

### Abstract

We researched the relations between the Communist Party of Uruguay (PCU) and Cuba in 1967, when occurred the Latin American Solidarity Organization (LASO). We contributed to a transnational perspective which recovered the agency of Latin-American Cold War's players. It was the climax of the debate around the concepts of revolution in the region and it was polarised between Soviet and Cuban lines. Despite being economically dependent on the USSR, Cuba did not withdraw its political independence and its support of the regional guerrilla.

Albeit pro-Soviet, the PCU had also good relations with Cuba and its allies. During LASO, the party acted as a negotiator so as to defend the unity of the international communist movement. The summit's result shown the victory of Cuban positions in the region and created a brand-new situation in which it seemed that a revolutionary wave was about to come. Two months later, Che Guevara's death and Bolivian guerrilla's failure were hard blows to Cuba, which would ease up its foreign policy.

We used both PCU's material, such as *Estudios* and the resolutions of its congress of 1966 and the magazine *Marcha*, strongly internationalist and aligned to the new left and Cuban thesis. We used critical discourse analysis as way to interpret the researched sources and we

---

<sup>1</sup> Magíster en Estudios Latinos Americanos (Udelar), Licenciado y Profesor de Historia (UFRJ), ([jgpmiceli@gmail.com](mailto:jgpmiceli@gmail.com))

confirmed that 1967 was a key year in which was possible to explore the plurality of positions inside the left wing.

**Key words:** LASO; Cuba; Communist Party of Uruguay; Latin American Cold War; Latin American revolution

## Introducción

Este artículo surgió de inquietudes durante el proceso de investigación de nuestra tesis de maestría, sobre el Partido Comunista del Uruguay (PCU) (Miceli, 2022). En la ocasión, constatamos la magnitud del peso político e ideológico de Cuba sobre este partido, en especial en el año 1967. En el presente artículo investigamos las fecundas relaciones entre Cuba revolucionaria y el PCU a finales de los 60. En dicho periodo, el debate entre reforma y revolución se tornó particularmente vivo y opuso a la línea soviética y cubana, respectivamente.

En suelo latinoamericano, la principal expresión de esta disputa fue el surgimiento de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), cuyo único encuentro fue en agosto de 1967 en la Habana. A pesar de ser históricamente pro-soviético, el PCU actuó como importante mediador (Marchesi, 2019), manteniendo buenas relaciones con los anfitriones. Específicamente, entendemos que el partido buscó pacificar las tensiones existentes entre el guerrillerismo cubano y cierto institucionalismo de los PCs prosoviéticos. Aunque más cercanos a estos, los uruguayos respetaban y admiraban a los cubanos, evitaban confrontaciones y clamaban por la unidad del movimiento comunista internacional.

Recurrimos a documentos, a bibliografía especializada, a dos congresos del PCU y a dos revistas: *Estudios y Marcha*. La primera era el vehículo de propaganda del partido, destinada especialmente a su propia vanguardia y recibía la contribución de distintos autores, pero esencialmente conectados a la línea partidaria. Mientras tanto, *Marcha* era un semanario de más amplia circulación, que permitía diferentes opiniones dentro del abanico de la izquierda. Su influyente editor, Carlos María Gutiérrez, era un importante representante de una nueva izquierda, enamorada de Cuba, pero bastante crítica a la URSS.

Optamos por una perspectiva transnacional, dentro del marco de la Guerra Fría latinoamericana. Mucho ya se conoce sobre las tensiones entre los dos bloques geopolíticos existentes, pero todavía hay pocas investigaciones sobre las complejidades y contradicciones dentro de cada bloque, en especial el socialista. Por eso, buscamos rescatar la agencia de los sujetos regionales. Cuestionando cierta mirada que los considera meros títeres de la URSS. Cuba, por ejemplo, si bien tenía con la URSS una alianza económica y geoestratégica, siempre buscó mantener su autonomía política, con más o menos éxito, dependiendo del contexto. En muchos momentos la isla disputó públicamente con la URSS la influencia sobre la izquierda mundial. Críticos a los límites de la coexistencia pacífica soviética, los cubanos opusieron una política exterior internacionalista y altiva, anclada en la continentalización de la revolución. Sin embargo, en privado, Cuba necesitó de apoyo material soviético para la realización sea de la Conferencia Tricontinental (1966) o de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), de la cual trataremos. Dicho de otro modo, parece innegable la dependencia económica de Cuba con relación a la superpotencia, aunque eso no significara una sumisión en términos políticos e ideológicos que convirtiera a Cuba en un supuesto satélite soviético.

El Uruguay tenía gran importancia para Cuba, sea su Estado nacional o sus organizaciones de izquierda. Sobre el primero, se consideraba su posición geoestratégica privilegiada, su papel mediador en el sistema interamericano (García, 2020) y el hecho que a finales de los sesenta el Uruguay era una de las pocas democracias de la región. Con relación a sus organizaciones políticas, había considerable crecimiento del peso sindical y de masas de la izquierda (aunque esa tendencia fuera más blanda en las elecciones generales). En ese sentido, el PCU era el principal partido. Si bien cercano a la URSS, el PCU había apoyado a la Revolución cubana (1959) desde su inicio (Leibner, 2011), con más entusiasmo que sus pares; incluso bautizó a su lema político y electoral de F.I.de L. (Frente Izquierda de Liberación) para las elecciones de 1962.

No había muchas polémicas en la interna de la izquierda uruguaya ni internacional sobre la necesidad de brindar apoyo a la Revolución cubana: el principal debate era ¿cómo hacerlo? Por ejemplo, la nueva izquierda uruguaya siempre planteaba que la revolución sería continental, por eso, entendía que la principal contribución para Cuba sería hacer la revolución en su país. Por lo tanto, se oponía a la política de frentes populares del PCU, a la cual consideraba oportunista y electoralista. El PCU se ponía de acuerdo con el carácter continental de la revolución, pero todavía se anclaba en la defensa de las instituciones democráticas nacionales por caracterizar el período como de acumulación de fuerzas (Miceli, 2022)

Ganaba peso en la izquierda latinoamericana la teoría marxista de la dependencia, crítica a la posibilidad de grandes rupturas dentro de marcos capitalistas. Había cierta polarización y hostilidad entre las organizaciones pro-soviéticas y pro-chinas. Mientras tanto, Cuba, criticaba el dogmatismo y el exceso de teorización, pues buscaba construir una alternativa práctica, una unidad de acción que integraría a los distintos grupos en la OLAS. Anclada en el espíritu de la Conferencia Tricontinental (1966), la iniciativa era parte de un ambicioso proyecto. Para algunos, como Carlos María Gutiérrez, editor de *Marcha*, Cuba pretendía impulsar una nueva Internacional, que cambiaría la correlación de fuerzas en el movimiento comunista internacional. Cuba presentaba como triunfo su identidad latinoamericana y tercermundista, su revolución viva e inspiradora y la icónica figura de Ernesto Che Guevara al frente de la guerrilla en la selva boliviana (Sweig, 2002), un símbolo casi unánime entre los antimperialistas. Aunque fuera una iniciativa del propio Guevara, el resultado de la guerrilla cumpliría un rol fundamental sobre la política exterior cubana.

### **La política exterior cubana en los sesenta**

La política exterior cubana en los sesenta se explica por una combinación entre idealismo revolucionario y realismo, que refleja la heterogeneidad existente en el Estado socialista en construcción y en las internas del gobierno. El idealismo tuvo al Che como principal representante. Tras haber sido figura clave de la revolución y haber ocupado altos cargos en el gobierno, él sorprendentemente dejó la isla en 1965 para dedicarse a otras revoluciones, sea en América Latina o en África. El pensamiento de Guevara (1962, p. 78) combinaba originalidad, capacidad de síntesis y cierto rescate del internacionalismo de Lenin y Trotski, como se verifica en el siguiente tramo.

“La actitud de Latinoamérica está muy cerca a nuestro destino futuro y al destino de nuestra Revolución en sus afanes de exposición ideológica, porque las revoluciones

tienen esa característica, se expanden ideológicamente, no quedan circunscritas a un país.”

El internacionalismo cubano contrastaba con el realismo nacionalista soviético, que, a partir de Stalin, priorizaba la defensa de la URSS con relación a la internacionalización de la revolución. Tras la muerte del mandatario, la doctrina de la coexistencia pacífica practicada por Kruschchev fue diversas veces criticada públicamente por Cuba, que entendía que la política consolidaba la división del mundo en zonas de influencia de las superpotencias y frenaba las posibilidades revolucionarias. La isla polemizaba públicamente con la URSS, pero siempre dentro de límites que no arriesgaran la unidad del movimiento comunista internacional y las propias relaciones entre los países.

Cuba buscaba construir alianzas con fuerzas de izquierda en el mundo para fortalecer su posición y ejercer un liderazgo proactivo y propositivo, actuando por el ejemplo. Desde el inicio de los 60 participó activamente de las reuniones de los países no alineados, anhelando empujar el grupo hacia una posición firmemente antimperialista. Un objetivo central fue la búsqueda por un congreso de países subdesarrollados, lo que recibió fuerte rechazo de los EEUU y de países latinoamericanos con gobiernos anticomunistas (Gettig, 2020).

Cuba participaba en distintos frentes. Por un lado, ocupaba espacios tradicionales del sistema ONU, para mantener buenas relaciones diplomáticas con distintos países y restringir el aislamiento impuesto en el sistema interamericano. Por otro, actuaba dentro del campo socialista, llevando las demandas de los países tercermundistas, muchas veces ignoradas por la URSS y China. En ese sentido, encontró en la Corea del Norte una importante aliada. Ambos países planteaban que la vanguardia surgiría de la lucha y forjaría el partido. En ese sentido, tanto Cuba como Corea del Norte apelaban a la juventud, a la guerrilla, a la identidad tercermundista como indica un texto reciente (Taylor, 2021). Para Cuba, la identidad tercermundista fue un importante triunfo en la Conferencia Tricontinental<sup>2</sup> (1966), lo que le permitió construir junto a otras organizaciones de países periféricos una definición de coexistencia pacífica que limitaba la política soviética y el congelamiento del poder mundial, como verificado en el tramo que sigue debajo (*Estudios*, 2022, N°39, p.48)

“...la coexistencia pacífica se refiere exclusivamente a las relaciones entre estados de diferentes regímenes sociales y políticos. No puede referirse a la coexistencia entre las clases sociales explotadas y sus explotadores en el seno de un país ni tampoco a la lucha de los pueblos oprimidos por el imperialismo contra sus opresores...”

No obstante, el fervor revolucionario cubano era matizado por la *raison d'État*: el Estado Nacional tenía necesidades concretas e independientes del modelo político y del sistema económico. Ellas surgen por la ausencia de algunos recursos naturales, combinadas con la imposibilidad de alcanzarlos con facilidad. Es decir, ningún país es capaz de sostenerse sólo; menos aún una isla caribeña de economía periférica, agroexportadora y dependiente. Eso imponía la necesidad de buscarse aliados estratégicos en el plano internacional. Sin embargo, ninguno de esos aliados - ni siquiera la URSS - facilitó a Cuba la construcción de una siderurgia propia para explorar recursos naturales como el níquel.

---

<sup>2</sup> Realizada en la Habana en enero de 1966, la Conferencia Tricontinental fue un evento que reunió organizaciones políticas antimperialistas de África, Asia y América Latina, fortaleció la influencia de la política exterior cubana y antecedió a la OLAS.

El desafío cubano no resultaba fácil. Único país socialista de la región, Cuba luchaba contra el aislamiento impuesto por el embargo económico estadounidense y cultivaba buenas relaciones con gobiernos de distintas ideologías. La *Realpolitik* enseñaba a comprender el mundo como era, y no como debería ser (Domínguez, J., 2004). Los integrantes de la vieja guardia del Partido Socialista Popular (PSP), equivalente al PC cubano antes de la revolución, componían una minoría en el gobierno revolucionario, que era más favorable a la línea soviética. Sin embargo, la falta de compromiso de las superpotencias con las guerrillas debilitó esa posición (Domínguez, R., 2013).

Los principios de autodeterminación de los pueblos y de la no intervención en asuntos extranjeros fueron fundamentales para Cuba. Por ejemplo, el país jamás apoyó cualquier movimiento insurreccional en países con los cuales mantenía relaciones diplomáticas (Domínguez, R., 2013). Luego de la Revolución, Cuba intentó cultivar buenas relaciones con todos los países americanos, incluso los EE.UU., visitado por Fidel en abril 1959. No obstante, mientras las medidas revolucionarias se profundizaban, el sistema interamericano tomaba acciones draconianas contra Cuba, como la exclusión de la OEA en 1962, el pesado embargo económico impuesto y la ruptura de relaciones diplomáticas por parte de casi todos los países americanos a lo largo de los años sesenta, todas cuestiones que integran este dossier.

Lo antes expuesto provocó un fuerte aislamiento del país, que respondió con el apoyo a las guerrillas y organizaciones antimperialistas en países con quien ya no mantenía relaciones diplomáticas. Cuba apostó en su alianza con la URSS, pero algunas actitudes soviéticas significaron un balde de agua fría. Por ejemplo, en el conocido episodio de la Crisis de los Misiles (1962), Fidel Castro se sintió traicionado por la superpotencia soviética, que alcanzó un acuerdo secreto con los EE.UU. a las espaldas cubanas. Por diversas veces, Cuba criticó a algunos países socialistas por el hecho de que las relaciones económicas de Cuba con ellos se dieran sobre bases capitalistas, lo que no sólo no era compatible con la moral revolucionaria socialista, sino que serviría al aumento de la dependencia externa y la desigualdad entre las naciones.

El discurso de Fidel Castro el 13 de marzo de 1967 evidenció la radicalización de la política exterior cubana. En la edición de *Marcha* de finales de ese mes, Carlos María Gutiérrez, como ya se afirmó uno de los principales representantes de la nueva izquierda, comentaba el discurso del dirigente cubano. Para el periodista, Fidel habría afirmado su posición independiente delante de la disputa sino-soviética y polemizado con el frentismo democrático-burgués. Gutiérrez opinó también que Fidel logró anular el poder de la vieja guardia estalinista del PSP, integrándolo al nuevo PC cubano sin traumas. El periodista opuso el revolucionarismo cubano a la politiquería de ciertos PCs latinoamericanos. En un tono provocador, Fidel denunció la coincidencia de perspectiva entre el imperialismo, la oligarquía y “algunos señores y organizaciones que se intitulan revolucionarios”.

Gutiérrez opinó que Fidel estaría siguiendo una línea guevarista, en oposición a algunos dirigentes de la ortodoxia estalinista, leales a la URSS. Tras el retiro inconsulto de los misiles en 1962, Cuba estaría buscando en América Latina un nivel de solidaridad que Moscú no brindaría. El insurreccionalismo sería una respuesta al aumento de golpes y a la consolidación de dictaduras en la región. Fidel explicó que el movimiento comunista internacional no es una iglesia y que la relación de Cuba con los PCs se basaría en “los

principios estrictamente revolucionarios” Asimismo, denunció la concesión de préstamos de la URSS para países que reprimen las guerrillas, como Colombia. Por fin, afirmó que la revolución jamás será satélite de nadie. Esta radicalización alcanzaría su auge en la OLAS y en sus dos meses siguientes, como veremos.

Otro periodista que constató ese movimiento por parte de Cuba fue el francés K. S. Karol. En su edición 1371, del 22 de septiembre, *Marcha* inició la reproducción de una materia en cuatro partes, intitulada “Cuatro días con Fidel”. El francés visitó la capital cubana y llamó la atención para la sustitución de carteles que decían “Cuba no está sola” y exhibían un obrero cubano confraternizando con un soldado soviético por otros que exaltaban la lucha antimperialista y/o América Latina. Él se lo interpretó como una reafirmación de la ideología revolucionaria, pero con un alejamiento de la iglesia del comunismo. Un ejemplo concreto de ese cambio sería el discurso de Fidel en el último 26 de julio, en que justamente expresó que Cuba estaría sola y expuso los desafíos de consolidar a la revolución.

### **El Partido Comunista del Uruguay (PCU) y la concepción de la revolución**

El PCU en los 60 era un PC de considerable peso interno e internacional. En su país era la principal organización de izquierda por distintas razones. En primer lugar, por su gran peso en las masas, sea en el sindicalismo, en el movimiento estudiantil y en los barrios obreros montevideanos. Asimismo, el partido tenía una expresión electoral que, a pesar de lejana a los partidos tradicionales, lo consolidaba como hegemónico en la izquierda. Por último, el partido disfrutaba de una legalidad de largo plazo inimaginable para la mayoría absoluta de sus pares regionales.

Más allá de algunas de las peculiares características uruguayas que facilitaban el trabajo político del PCU, entre ellas, la de una democracia relativamente estable, la tradición de la partidocracia uruguayay el fortalecimiento de un expresivo movimiento sindical urbano, el carisma personal de su secretario general, Rodney Arismendi, también contribuía para la popularización del partido. En el comando desde 1955, cuando el partido realizó un importante viraje apoyado en las nuevas directrices soviéticas de Krushev, Arismendi se destacaba no sólo como dirigente, sino como senador e intelectual de izquierda, con un importante conocimiento sobre la realidad latinoamericana. Además, Arismendi se probaba como un mayor articulador y sobre todo era alguien más respetado que su antecesor, el autoritario Eugenio Gómez (Leibner, 2011).

Se sabe que el congreso es la instancia máxima de un partido y que, a partir de sus síntesis, define la línea para los años subsecuentes. Analizar los principales cambios que ocurrieron entre los congresos de 1962 y 1966 del PCU nos resultó una tarea interesante y desafiante porque el partido no suele admitir virajes cuando no son acompañados de un cambio de dirección. Es decir, las formulaciones partidarias son presentadas como un todo homogéneo y coherente, pues el partido, autonombrado la vanguardia de la clase trabajadora, se pretende infalible. Muchos fenómenos nacionales ayudan a explicar los cambios en ese periodo de cuatro años, pero nos detenemos en el impacto de la profundización de la Revolución cubana en la teoría de la revolución uruguaya, particularmente en dos definiciones: su vanguardia y naturaleza.

En el congreso de 1962 el partido consideró a Cuba un ejemplo luminoso para la región, pero atribuyó a Moscú el rol de vanguardia del movimiento socialista mundial, incluso exaltó a la

coexistencia pacífica como una señal de victoria del bloque socialista. En 1966, aunque el partido siguiera bastante alineado a la URSS, destacó la consolidación de la revolución cubana y la importancia de la Conferencia Tricontinental, lo que ejemplifica que el PCU nunca estuvo ajeno a la política exterior cubana. Si en las disputas sino-soviéticas el partido siempre se alineaba a la URSS, actuaba de modo distinto cuando se presentaban diferencias entre la URSS y Cuba: el PCU simplemente negaba la propia existencia de diferencias entre los países y sus concepciones políticas: anhelaba mantener buenas relaciones con ambos, en un contexto de disputa interna en la izquierda latinoamericana. Por ejemplo, en el congreso del PCU (PCU, 2022, p.122), se afirmó que:

“La vida misma ha ido poniendo en derrota, en ese período, una serie de falsas ideas. Por ejemplo, se ha pretendido contraponer el movimiento de liberación nacional con el sistema socialista mundial, y algunos han hablado de una llamada ‘zona de tempestades’ contrapuesta al mundo socialista. La realidad nos muestra, por el contrario, el engarce y la coincidencia objetiva de la lucha de ambos movimientos contra el enemigo común, el imperialismo...”

En la edición N°43 de *Estudios*, de abril de 1967 (p.58), el secretario general Rodney Arismendi, afirmó el carácter unitario de la revolución continental, que no obedecería ni a la mano de Moscú ni a la mano de La Habana. Es decir, se reconoció que las revoluciones las hacen los distintos pueblos, se reafirmaron las buenas relaciones con la URSS y con Cuba y cierta equidistancia en relación a ambos países. Tal hecho inédito, resulta aún más importante si consideramos que ocurrió a menos de un mes después del polémico discurso de Fidel Castro, en lo cual él atacó duramente a los PCs latinoamericanos pro-soviéticos, como el colombiano y el venezolano. Aunque el PCU permanecía leal a Moscú, no criticaba a La Habana, como los PCs antes mencionados.

Sobre la naturaleza de la revolución, en 1962 el partido la imaginaba agraria y antimperialista y se la concebía dentro del modelo de un frente popular y policlasista, como el formulado por la III Internacional en la década del 30, bajo la hegemonía del estalinismo (p.90):

es necesario un gran frente que agrupe a la mayoría de la población: la clase obrera, los campesinos, las grandes masas trabajadoras, la pequeña burguesía urbana, la intelectualidad, la burguesía nacional. La unidad de estas clases y capas en un gran bloque dirigido por la clase obrera en alianza con los campesinos es el Frente de Liberación Nacional.

Cuatro años después, aunque persistía la caracterización de la revolución como agraria y antimperialista, hubo un cambio sustancial en esta formulación: la desaparición sumaria de la burguesía nacional como clase aliada, sin cualquier explicación. El rechazo a la idea que habría una burguesía nacional patriótica y antimperialista ya era sostenida por movimientos, partidos e intelectuales trotskistas, que ganarían más fuerza política y académica con el surgimiento de la teoría marxista de la dependencia. Para los dependentistas, la inserción internacional periférica y dependiente de América Latina tornaba a su burguesía contrarrevolucionaria, y la revolución necesaria y posible sería la socialista, a partir de una alianza entre el proletariado y el campesinado.

Acorde a la tradición estalinista, el PCU trataba a los trotskistas como agentes del imperialismo y constantemente descalificaba a sus formulaciones como pseudo revolucionarias y fraseologistas. No obstante, algunos aspectos concretos de la realidad impusieron un silencioso cambio de opinión del PCU: el decisivo apoyo de la mayoría de las

burguesías nacionales a los golpes de Estado en Brasil y Bolivia (1964), República Dominicana (1965) y Argentina (1966) denunciaba las intenciones de esa clase. En Uruguay el proceso no parecía tan diferente, pues ella progresivamente adhería a soluciones autoritarias y contrarrevolucionarias, como la aprobación de la Constitución de 1966, que agrandaba los poderes del Ejecutivo y facilitaba la represión.

El Che Guevara compartía el mismo escepticismo de los trotskistas en relación a las burguesías nacionales. La misma edición N°43 de *Estudios* publicó su famoso texto “Crear dos, tres... muchos Vietnams, es la consigna”. Para el argentino (p.47, destaque nuestro), “las burguesías autóctonas han perdido toda su capacidad de oposición al imperialismo – *si alguna vez la tuvieron* – y sólo forman su furgón de cola. No hay más cambios que hacer; o revolución socialista o caricatura de revolución”.

Alineado a esa perspectiva, el Congreso del PCU de 1966 definió que “la combatividad obrera y popular contrastó con la postura vacilante hasta la complicitad, propia de la gran burguesía conciliadora, que adoptaban los grupos más importantes del batllismo, conducta timbrada por un receloso temor al despertar multitudinario del pueblo” (p.129). En el ya mencionado texto de Arismendi en la edición N°43, (p.71) persiste el viraje silencioso y se aclara quienes componían el deseado frente: “luchamos por ganar la mayoría de la clase obrera, por forjar la alianza obrero-campesina, por agrupar a las capas medias, a los sectores trabajadores en el frente de liberación”.

En un lenguaje coloquial, se podría decir que el PCU llegaba a la OLAS casado con Moscú, pero enamorado de las posiciones cubanas. Como muchas veces sucede a quien vive tal dilema, en un primer momento se busca un arreglo que acomode a los dos amores y que evite las rupturas y alejamientos. El PCU intentaría cumplir un rol mediador, para preservar todos sus lazos. Antes, durante y después de la OLAS el partido negó el sustantivo conflicto de posiciones. Por ejemplo, en entrevista concedida a *Marcha* y publicada en la edición 1369, de 08/09, el joven dirigente Walter Sanseviero cuando preguntado sobre la repercusión de la OLAS para el PCU, contestó que esperaría los informes de los delegados, pero que el evento tiene mucha importancia, que el partido uruguayo lucha para unir el campo socialista y que no hay polémicas con los compañeros cubanos, que son hermanos.

### **La OLAS (1967)**

Vimos que la política exterior cubana en los sesenta fue activa y propositiva. La OLAS, que se reuniría por primera y única vez en la Habana, trataba de una clara oposición al proyecto imperialista panamericanista de los EE.UU. Mientras la superpotencia buscaba construir alianzas con los Estados nacionales y el empresariado, la OLAS pretendía una alianza entre pueblos, partidos políticos de izquierda y movimientos revolucionarios, como un proyecto alternativo y contrahegemónico de integración regional. Es más, Cuba presentaba la construcción de la Tricontinental y de la OLAS dentro de un paraguas político que contribuiría para la creación de una nueva Internacional. Se hace importante acordar que la III Internacional fue cerrada por Stalin en 1943 y la IV jamás se volvió una alternativa real de poder.

Marchesi (2019) destaca la repercusión que la conferencia generó por parte de los gobiernos de los EE.UU. y algunos latinoamericanos, que respondieron con la construcción de una especie de internacional antiguerrillera, o internacional terrorista, que combinó respuestas



dentro de la (cuestionable) legalidad de la OEA y fuera de ella, por ejemplo, se gestaría años más tarde el Plan Cóndor. La batalla de las fuerzas reaccionarias contra la OLAS es conocida por sus aspectos militares, como el proyecto de crear la Fuerza Interamericana de Paz (FIP) y el apoyo directo de la CIA a la dictadura boliviana contra la guerrilla. Sin embargo, también hubo ataques en otros campos, como las presiones económicas y geopolíticas contra Cuba. Asimismo, el imperialismo estadounidense apostó en iniciativas con barniz cultural como las fundaciones Ford y Rockefeller. Es conocido el hecho que universitarios estadounidenses ganaban becas para estudiar en países latinoamericanos y regresar con informaciones geoestratégicas sobre esos países (Benedetta, 2012).

Como en la Tricontinental, el derecho a participar de la OLAS se volvió un tema mucho más desafiante que los anfitriones imaginaban. Si bien Cuba buscaba construir amplias y respetuosas relaciones con distintos sectores de la izquierda latinoamericana, la isla no tenía la capacidad de finalizar las históricas disputas y rivalidades existentes dentro de la izquierda de cada país. El caso uruguayo fue bastante emblemático por la repercusión pública que ganó la formación de su comité nacional. De un lado estaba el PCU, que utilizó el hecho de ser el principal partido de izquierda para imponer la mayoría en la representación nacional. Eso generó el reproche de sectores radicalizados de la izquierda, a quienes el PCU tildaba de seudo revolucionarios y divisionistas. Entre esos sectores destacamos el PSU<sup>3</sup> y algunos periodistas de *Marcha*<sup>4</sup>. Los tupamaros también estaban en este campo, pero su status clandestino e ilegal dificultaba su participación en el evento.

En los meses anteriores a la OLAS, esta polémica se publicitó y los dos grupos trabaron una fuerte disputa ideológica que se encuentra en las cartas de los lectores de *Marcha*. El embate muchas veces traspasó lo político y se subió el tono en ambos lados, principalmente cuando se escribía de modo anónimo. A pesar de ser mayoría en el comité uruguayo, la posición del PCU parecía minoritaria con respecto a los participantes de otros países en la OLAS, lo que se confirmó. En 29/07, días antes del evento, el periodista de *Marcha* Carlos María Gutiérrez escribió para la revista desde la Habana que esperaba una polarización entre posiciones insurreccionales y oportunistas. Opinó que la conferencia sería un marco para el proceso de liberación latinoamericana y que podría causar virajes en la línea política de algunos PCs. No obstante, él resaltó que la OLAS no puede prescindir de su carácter unificador y que los PCs son organizaciones importantes. Por último, subrayó que, al contrario de la Tricontinental, las resoluciones se aprobarían por mayoría, y no por unanimidad. Gutiérrez confirió a la delegación cubana las responsabilidades de vanguardia del proceso.

Antes de la OLAS, era evidente el rechazo de Cuba a la dirección del Partido Comunista de Venezuela, considerado traidor de la guerrilla y derechista por Fidel Castro en su discurso de marzo. Sin embargo, como ya verificamos, lo mismo no sucedía en relación al PCU, a quien Cuba respetaba. El propio Gutiérrez lo señalaba y acordaba que Rodney Arismendi había sido contemplado con una de las vicepresidencias del evento, como modo de buscarse la unidad lo más amplia posible. En la misma edición de *Marcha*, de 29/07, Carlos Núñez sugiere que el

---

<sup>3</sup> Tras la votación muy baja de este partido en las elecciones de 1966, su ala de izquierda se tornaría hegemónica: ella defendía la lucha armada, se alineaba a las tesis cubanas y era crítica de la URSS.

<sup>4</sup>El semanario *Marcha* agrupaba una intelectualidad de izquierda radicalizada e inconforme con la política del PCU, que consideraban oportunista y electoralista. Entre ellos destacamos a Carlos María Gutiérrez, Carlos Núñez, Eduardo Galeano y Mario Benedetti.

PCU podría representar un punto medio, que admite la lucha armada en un futuro lejano y la solidaridad con las guerrillas. El PC chileno señalaría apoyar a la línea Arismendi. O sea, el PCU no haría la guerrilla en el Uruguay, pero tampoco se la detractaría. De hecho, se reconoce que muchos militantes del partido recibieron en sus casas a tupamaros que eran perseguidos por la represión (Leibner, 2011). Por lo tanto, la prioridad del PCU era un acuerdo que aceptaba la guerrilla como fórmula principal, pero que reconociera la excepcionalidad uruguaya.

Como proyectado, la línea cubana salió victoriosa del evento. Fidel Castro cerró el evento con un discurso crítico a los soviéticos y fue ovacionado por seis de los siete miembros del estrado. El único que no lo hizo fue justamente Arismendi, que permaneció de manos cruzadas (Marchesi, 2019). El PCU por diversas veces votó contra las posiciones cubanas, como, por ejemplo, contra el reproche a la URSS por la venta de armas y préstamos a gobiernos reaccionarios latinoamericanos. Sin embargo, en ningún momento amenazó abandonar el evento, como se lo hicieron otros delegados. Tal actitud parece sugerir que el viraje que procesaba en la línea política del PCU tenía mucho más que ver con las presiones que sufría mientras la lucha de clases se agudizaba en el Uruguay que a un cambio de convicción por parte de su secretario general.

Esta situación resalta la necesidad de que se eviten abordajes subjetivistas y maniqueístas a costa de la coyuntura que viven. Nos parece que ni siquiera un partido centralizado como el PCU esté libre de las presiones desde su base, principalmente de los jóvenes. Esa presión juvenil no era una excepcionalidad uruguaya, sino una característica de un periodo histórico. No en balde, menos de un año después de la OLAS venía el 68 mundial, de gran protagonismo juvenil y que tendría el Che Guevara como un símbolo que transcendía la lucha socialista para representar la propia rebeldía generacional.

Más allá de la presión juvenil de masas, el PCU también sufría en la vanguardia con el distanciamiento de un importante aliado nacional, el Movimiento Revolucionario Oriental (MRO). A pesar de no ser un movimiento tan masivo, integraba el F.I.de L. desde su fundación. También integrante del comité nacional uruguayo en la OLAS, el MRO había acompañado el PSU y votado en las tesis cubanas. Duramente cuestionado en la vanguardia, el PCU necesitaría readaptarse a la nueva correlación de fuerzas en la izquierda uruguaya y latinoamericana, que aprobaba la línea victoriosa en la OLAS.

Algunas importantes resoluciones aprobadas en la OLAS merecen destaque: la afirmación de la lucha armada como la principal forma de lucha, jerárquicamente superior a todas las demás; la conformación de una estructura jurídica que actuaría por mayoría y cuyo órgano máximo se reuniría cada dos años; la posibilidad de entrada y salida de miembros de los comités nacionales, lo que afirmaba su carácter dinámico; la constatación de la falta de compromiso de las burguesías nacionales con la revolución; y el campo como locus privilegiado de la revolución. Esas resoluciones no deben ser comprendidas dentro de un marco jurídico burgués, como las de una organización internacional compuesta por Estados. Ellas expresaban una importante victoria de Cuba y del Tercer Mundo en la interna del movimiento comunista internacional. La principal puesta en prueba en suelo latinoamericano de esa línea era la guerrilla del Che en Bolivia. Sin embargo, una impactante noticia avalaría la región y el mundo menos de dos meses después: Guevara sería ejecutado por la dictadura boliviana.

### **La muerte del Che como el fin de un ciclo**

Aunque el propio Che por diversas veces haya afirmado estar preparado para la muerte, por conocer los riesgos de la actividad guerrillera, sus apoyadores y aliados claramente no esperaban perder su comandante. La noticia dejó a la izquierda latinoamericana incrédula. La edición de 14/10 de *Marcha* (1964-1968) trajo el hecho en el titular, pero como una interrogante sobre su veracidad. Gutiérrez acordó que las fotos del cadáver habían sido proporcionadas por la United Press, agencia internacional de noticias con sede en los EE.UU. Asimismo, el editor sostuvo que la muerte del Che serviría para desmoralizar a la izquierda continental afiliada a la tesis de la OLAS y acordó las diversas falsas alarmas ya creadas al respecto. Es más, dijo que la prensa oficialista cubana se mostraba cautelosa, pues no poseía elementos para aceptar o negar la noticia. Puntuló que si la noticia fuera verdadera no significaría el fin de la guerrilla sino la desaparición física de su líder y su conversión en un símbolo de lucha aún más poderoso.

En las siguientes ediciones de *Marcha* hubo una cobertura prolija sobre la vida y la muerte del Che, que incluyó homenajes, la publicación de sus textos, entrevistas y hasta poemas. La línea del semanario parecía obvia: afirmar a Guevara como un mártir, buscando evitar (o minimizar) que se afectara la moral de la tropa. En contrapartida, en *Estudios* casi no hubo cobertura. La última edición del año, N°45, de noviembre, se diferenció bastante de las anteriores por centrarse en la celebración de los 50 años de la Revolución Rusa. Abordó a pocos temas del presente. No conocemos ni el tiempo necesario de preparación de cada edición ni el método de elección de los contenidos, por eso nos quedamos con la impresión que esa edición funcionó como un tipo de pausa para la reflexión delante de todo lo que agitaba la región.

Para el PCU se probaba más fácil debatir el pasado que el presente. No cuestionamos la importancia de la Revolución Rusa para la izquierda mundial como un todo, pero nos llamó la atención la ausencia de debate y balance sobre la experiencia guerrillera. La edición apenas presenta una breve nota de homenaje a Che Guevara y comunica los actos en su memoria. Se podría argumentar que ello ocurrió por la brevedad entre la muerte del guerrillero y el tiempo de preparación de la revista. Sin embargo, tampoco hubo cualquier balance sobre la experiencia guerrillera u orientación a la militancia en las posteriores ediciones.

El martirio genera distintos efectos: si bien alienta a los que luchan, genera cierta mitificación, que dificulta la comprensión de los sujetos históricos acorde a sus valores, tiempo y experiencia. Tratar de esa forma la muerte no fue una exclusividad del PCU, pero verificamos, a lo largo de nuestra investigación, que normalmente el partido minimizaba a las derrotas, como en el caso del golpe en Brasil (1964), en Argentina (1966), y los resultados electorales desfavorables en las elecciones generales uruguayas de 1966, que aprobó una reforma constitucional reaccionaria. Nos parece que admitir y analizar a las derrotas podría permitir el cuestionamiento de la autoridad del partido y de sus aliados.

En el caso de la muerte del Che, Marchesi (2019), la considera una derrota para la nueva izquierda, que sobrevaloró el potencial de la guerrilla boliviana. No obstante, acuerda el boicot del PC boliviano a la guerrilla, decisivo para debilitarla. Por eso, el PCU se quedaba en una encrucijada: no podría atacar directamente a los camaradas bolivianos, pero tampoco quería justificar su desertión para no alejarse de las otras fuerzas de izquierda. Tratando de evitar el desgaste, el partido seguía con la negación a las diferencias entre La Habana y Moscú. Entre la revolución y la reforma, el PCU se mostró bastante uruguayo: se sentó en el

muro, armó un mate y esperó el tiempo pasar, buscando entender para donde los vientos soplaban.

Sin embargo, nada sería como antes después de lo ocurrido. El fracaso de la guerrilla rural representaba un duro golpe para la política exterior cubana y el fin de un ciclo para la izquierda latinoamericana (Domínguez R., 2013). Por ejemplo, si en 1967 Fidel Castro disputaba el liderazgo del movimiento comunista internacional con la URSS, es emblemático que en el año siguiente apoyaría el envío de tropas soviéticas para reprimir a la Primavera de Praga, una actitud que alejaba Cuba de la nueva izquierda y fortalecía el vínculo de la isla con la URSS. Las subjetividades también importan en la lucha política. Nada mejor que la expectativa de una nueva victoria para matizar el impacto de una derrota sufrida. Suele ser muy común que se repita que se perdió la batalla, pero no la guerra. Por ende, las expectativas de la militancia de izquierda latinoamericana dejaban la selva boliviana, cruzaban el Atacama y alcanzaban Chile, donde habría elecciones menos de tres años después, con posibilidades reales de victoria de Salvador Allende.

Si bien la línea aprobada en la OLAS fue favorable a la guerrilla, el propio Régis Debray, principal teórico del foquismo guerrillero ya se mostró más autocrítico luego después de la muerte del Che. En una entrevista a *Marcha* (1964-1968) publicada en la edición 1377 de 3 de noviembre de 1967, reafirmó la solidaridad con la guerrilla y su legitimidad. Empero, cuando preguntado si la revolución en Bolivia estaría detenida, contestó que depende por cuanto tiempo, pero que ella podría resurgir. Sobre su famoso libro “Revolución en la revolución”, aclaró que no suprimiría nada, pero que agregaría temas como el papel de la ciudad y la necesidad de considerarse los factores nacionales. Admitió que lo que los detractores de la guerrilla pronto considerarían su fracaso representaría el fin de un ciclo histórico. Asimismo, reconoció que los partidos son importantes, pero no sólo los PCs. Al fin, asumió que hubo errores entre los guerrilleros, pero advirtió que fueron multiplicados por sus detractores. A lo largo de su vida, Debray haría una autocrítica de su experiencia revolucionaria y adheriría a posiciones más socialdemócratas.

Si para la izquierda latinoamericana era tiempo de reflexión, la reacción fue implacable en capitalizar su victoria en Bolivia. En el caso del Uruguay, en la misma semana de la muerte del Che, el gobierno de Óscar Gestido decretaría medidas de pronta seguridad (MPS) de carácter claramente antidemocrático, que incluía detenciones de obreros y censura de la prensa, en un contexto de imposición de políticas fondomonetaristas. Dos meses antes, el gobierno ya había prohibido la reunión del Congreso Permanente de Unidad Sindical de Trabajadores de América Latina en Montevideo. Si bien ya se había aplicado las MPS en distintas ocasiones, en los 60 ellas se volvieron más frecuentes y duras. Gestido fallecería de cáncer en el diciembre del movido 1967. Asumiría su vice, Jorge Pacheco Areco, un político poco conocido, de escasas popularidad y legitimidad, y que profundizaría el autoritarismo.

Acorde a las tendencias mundiales, el 68 uruguayo sería un año muy polarizado en que el tema del poder sería muy debatido, pero no se gestó una vanguardia revolucionaria capaz de tomarlo. La lucha de clases se agudizaría, habría fuertes paros, huelgas y ocupaciones estudiantiles. El gobierno respondería con más represión y asesinaría a diversos militantes. El estudiante Líber Arce, de juventud del PCU se tornaría el principal mártir del período, homenajeado hasta la actualidad: su funeral, en agosto de 1968, movilizaría a centenas de millares, un número estruendoso para un país de poco más de tres millones habitantes. No obstante, el PCU interrumpió su silencioso viraje a la izquierda y volvió a apostar en la

consigna de defensa de las libertades democráticas, pensando las elecciones de 1971 como un horizonte posible. La defensa de las reglas del juego no fue pactada con la derecha. En esas cuestionadas elecciones, Juan María Bordaberry, colorado y conservador como Gestido y Pacheco, fue declarado victorioso por un margen muy estrecho de votos. Dos años después, él mismo daría un autogolpe, que consolidaría el camino autoritario.

### **Conclusiones**

La historia latinoamericana es mucho más rica y compleja cuando se investigan las expectativas y proyectos de sus sujetos. En este trabajo, alertamos para el equívoco que significa la reducción de América Latina a la condición de simple patio trasero de los EE.UU. Asimismo, se prueba incorrecto tratar a las organizaciones de izquierda y a Cuba como meras correas de transmisión de la URSS. Sabemos las dificultades de romper una tradición tan enraizada incluso en nosotros mismos, tras siglos de colonización. Nuestro trabajo es apenas uno de los infinitos focos de esta dura y necesaria guerrilla académica. El colonialismo cultural se combina con cierto chauvinismo metodológico, que suele priorizar los particularismos sin aportar para la comprensión sistémica e integrada de la región.

La Revolución Cubana fue la más importante de la segunda mitad del siglo XX y polarizó con los EE.UU. de un modo mucho más radical que se lo hacía la URSS en ese periodo. La importancia de su política externa sigue menos estudiada que lo necesario. Tanto entre los detractores de la revolución como entre sus defensores abundan perspectivas simplistas e inmediatistas que no dan cuenta de la complejidad y la no linealidad de ese proceso. La OLAS representó el apogeo de la capacidad de proyección del fervor revolucionario cubano en la izquierda latinoamericana. Tras la muerte del Che, Cuba daría un giro pragmático, adaptándose a tiempos más difíciles, aunque sin abandonar su internacionalismo.

El pequeño y estratégico Uruguay cumplía un relevante rol en el sistema interamericano. En fines de los 60 el país se encontraba rodeado por dos dictaduras y marchaba hacia el mismo destino. Pero ese camino jamás fue inevitable, porque la Historia no estaba escrita. La unidad entre los movimientos sindical y estudiantil llegó a poner en jaque la hegemonía de la burguesía. El destino de América Latina no se decidió apenas en el teléfono rojo. Se jugó también en Cuba, en Bolivia y en Uruguay. El principal partido de izquierda uruguayo, el PCU, actuó como mediador en el contexto de la OLAS. En determinados momentos, se acercó a una perspectiva revolucionaria, aunque de modo silencioso y bajo presión. Como se lo hicieron otras organizaciones, dio marcha atrás en una perspectiva insurreccional después de la muerte del Che. La llamada vía pacífica se probó una ilusión. No se puede cambiar el pasado, pero entender la experiencia histórica, con sus éxitos y equívocos, nos ayuda a tomar mejores decisiones.

### **Referencias Bibliográficas**

- BENEDETTA, Calandra. (2012) La guerra fría cultural en América Latina: desafíos y límites para una nueva mirada de las relaciones internacionales. Buenos Aires: Biblos.
- DOMÍNGUEZ, Jorge. (2004) La política exterior de Cuba y el sistema internacional In. Tulchin, J. y Espach, R. América Latina en el nuevo sistema internacional. Barcelona: Bellaterra
- DOMÍNGUEZ, Ricardo. (2013) Revolución Cubana; política exterior hacia América Latina y el Caribe. México DF: UNAM

ESTUDIOS (2022) <https://www.pcu.org.uy/index.php/nuestra-prensa/estudios/ediciones-completas> consultado en 11/05/2022

GARCÍA, Roberto y GIRONA, Martín. (2020) Una “inmensa potencia explosiva”. Uruguay y la ruptura de relaciones con Cuba en 1964. in Los condicionantes internos de la política exterior: entramados de las relaciones internacionales y transnacionales. Míguez, M y Morgenfeld, L. Buenos Aires: TeseoPress

GETTIG, Eric (2020) Cuba, theUnitedStates, and the Uses oftheThirdWorld Project, 1959–1967 In Field Jr. et al, LatinAmerica and the Global ColdWar: TheUniversityof North Carolina Press.

GUEVARA, Ernesto (1962) La influencia de la Revolución Cubana en América Latina. Intervención ante los miembros del Departamento de Seguridad del Estado (DSE). No fue publicado hasta después de la muerte del Che Guevara

LEIBNER, Gerard (2011) Camaradas y compañeros. Una historia política y social de los comunistas del Uruguay. Montevideo: Trilce

MARCHA (1964-1968) <https://anaforas.fic.edu.uy/jspui/handle/123456789/914> consultado en 11/05/2022

MARCHESE, Aldo (2019)Hacer la revolución: guerrillas latinoamericanas, a los años sesenta a la caída del Muro. Buenos Aires: Siglo veintiuno

MARINI, Ruy (1991) *Dialéctica de la dependencia*. México: Era, 11a reimpresión, pp. 9-77

PCU (2022) <http://pcu.org.uy/index.php/resoluciones-y-declaraciones-pcu/resoluciones-y-declaraciones-2021> consultado en 11/05/2022

MICELI, Joao (2022) La mirada del Partido Comunista del Uruguay sobre la revolución (1964-1968). Montevideo: Universidad de la República.

SWEIG, Julia. (2002) *Insidethe Cuban Revolution: Fidel Castro and theurbanunderground*. Londres: Universidad de Cambridge.

TAYLOR, Moe (2021) A New KindofVanguard: Cuba – North KoreanDiscourseonRevolutionaryStrategyforthe Global South onthe 1960s. *JournalofLatin American Studies*, Cambridge UniversityPress